

Valoración de Rubén Darío (El juicio de los poetas)

MAURICIO OSTRIA GONZALEZ

*“Nunca indio alguno habló como él
(Nicarao) a nuestros españoles.”*
López de Gómara

La significación de Rubén Darío en el ámbito de la poesía de habla española está fuera de discusión. Más allá de adhesiones y rechazos, de simpatías o diferencias, la figura del nicaragüense representa una renovación revolucionaria en la práctica poética de Hispanoamérica y España. Sin duda, muchos aspectos de su trabajo literario han envejecido irremediablemente, otros nos revelan superficialidad, dispersión, oportunismo, frivolidad y hasta ciertas contradicciones internas. No obstante, a estas alturas, a estas distancias, a cien años de ese libro inaugural que es *Azul...*, es posible comprobar y reconocer más allá de tales o cuales flaquezas o demasías un evidente saldo positivo y una vigencia real de determinados aspectos vinculados con la problemática, la sensibilidad y la praxis poética darianas que superan largamente la mera influencia, la simple imitación o la reminiscencia, intencionada o no.

¹ El presente texto -ahora corregido, ampliado y anotado- fue leído en el Ciclo de Charlas Rubén Darío en el Centenario de *Azul...*, realizado en la U. de Concepción (Chile), entre los días 6 y 8 de julio de 1988, y, posteriormente, ya ampliado, en el seminario *Azul...*, dirigido por Fernando alegría en la U. Católica de Chile los días 23, 24 y 25 de noviembre de 1988.

Nos proponemos aquí hacer una revisión de algunos juicios valorativos emitidos por destacados poetas posdarianos pertenecientes al ámbito de las literaturas hispánicas, como una manera de homenajear a Rubén con la palabra de sus pares¹. En verdad, Darío suscitó, desde su aparición en el mundo de las letras, serias y profundas controversias: todo menos pasar inadvertido. Sin embargo, en general, los grandes poetas, los más originales y, frecuentemente, los más críticos supieron ver a veces con certera intuición inicial, otras con el reconocimiento 'justo y bueno' de la reflexión menos espontánea o la rectificación hidalga del que acepta haberse equivocado en primera instancia, la hondura de una palabra capaz de refundar el idioma. No hay, es cierto, unanimidad: el juicio negativo de Luis Cernuda, por ejemplo, todavía ensombrece el horizonte crítico, a pesar de la agudeza argumentativa de Ernesto Mejía Sánchez². No hay unanimidad, sin embargo, la cosecha positiva es abundante y notoria por la celebridad de sus plurales procedencias. Por lo mismo, merece ser conocida, no sólo como tributo al homenajeadó, sino como vía de acceso a una serie de riquezas de sentido que la intuición crítica de poetas-lectores supo desentrañar, a veces pioneramente, a veces, tercamente, a veces, con la lucidez del estudio tranquilo en la abundosa selva verbal dariana. No están aquí todos los que han hablado bien de Rubén Darío. Sin duda se echarán de menos nombres y opiniones. Pero, la colección que he logrado reunir por ahora me parece suficientemente representativa y constituye, creo, un eficaz y pertinente procedimiento argumentativo en pro de establecer como conclusión el reconocimiento y la validez definitiva y permanente de la poesía de Rubén Darío en el concierto de las letras hispánicas.

Mi exposición consistirá, entonces, en una colección de referencias críticas, limitada esta vez sólo -o casi- a los poetas. Para ello he reunido textos, de entre

² Me refiero a la conferencia en la que -bajo el título de "Rubén Darío, poeta del siglo XX"- Ernesto Mejía Sánchez polemiza con una anterior (las dos fueron leídas en Oxford) de Luis Cernuda: "Experimento en Rubén Darío". Ambas fueron recogidas (con otras dos de C.M. Bowra y A. Torres-Rioseco) en el volumen *Rubén Darío en Oxford*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1966. En agudo y documentado trabajo (como todos los suyos), Mejía Sánchez concluye: "El saldo histórico de Darío todavía hoy es impresionante: honestidad intelectual, vocación a toda prueba, avidez cultural, afán experimentador, hoy sólo comparable al de Pound; su visión unitaria a la cultura a la que pertenecía" (Ob.cit., p. 109).

los españoles, de Unamuno, Azorín, Lorca, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas. De los hispanoamericanos, consigno apreciaciones de Huidobro, Vallejo, Neruda, Mistral, Borges, Octavio Paz, Torres Bodet, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Eliseo Diego, Enrique Lihn, Mario Benedetti, Idea Vilariño. En general, opto por un orden preferentemente cronológico.

El juicio más antiguo pertenece al entonces poeta veinteañero Vicente Huidobro. El chileno preparó un número especial de su revista *Musa Joven* para celebrar la anunciada visita de Rubén Darío a Chile, en 1912. Era, en cierto modo, el regreso triunfal del maestro que en 1888 había inaugurado el modernismo con su *Azul...*, publicado en y echado a recorrer el mundo desde nuestro Valparaíso. Era la ocasión de reemplazar desdenes con homenajes. “Al maestro no le hemos tratado bien aquí”, comentaría más tarde Gabriela Mistral³. En definitiva, Darío no vino, estaba ya muy enfermo para cruzar la Cordillera de los Andes. Sin embargo, ahí quedó el número de *Musa Joven* y con él las palabras del futuro inventor del Creacionismo⁴. En ellas, anticipando ya la orientación de su propia poética, Huidobro celebra en Rubén aquellos aspectos innovadores, tanto los que se refieren al idioma mismo, como los vinculados a cuestiones métricas y retóricas: “El idioma en sus labios -escribe- adquiere una faz nueva y él nos muestra horizontes ignorados”⁵; “tiene en su poesía todas las tonalidades posibles; rompió las cadenas de la retórica, los férreos grillos de la métrica fija... nos enseñó a volar libremente”⁶. Lo reconoce como maestro y proclama su influencia: “maestro de las nuevas generaciones...”⁷

³ Frase citada por Martin Taylor: “Mistral y Darío: congruencias y divergencias”, en el volumen colectivo *Gabriela Mistral*, Xalapa Universidad Veracruzana, 1980, pp. 105-110.

⁴ *Musa Joven*. Revista mensual, año I, núm. 5 (septiembre de 1912). Todo el número está dedicado a Rubén Darío: la portada luce un retrato del maestro; la presentación es de Francisco Contreras y aparte del ensayo de Huidobro, hay una serie de poemas de homenaje (del mismo Huidobro, que por entonces firmaba con su nombre civil: Vicente García-Huidobro Fernández, y de otros como Francisco Guerrero, Juan Guzmán Cruchaga, Gabry Rivas, Angel Cruchaga Santa María, Ernesto Torrealba Contreras, Jorge Hübner Bezanilla, Armando Rojas Molina, Alberto Ortiz) y un ‘florilegio’ del propio Rubén.

⁵ Vicente García (Huidobro) Fernández, “Rubén Darío”, *Musa Joven* 5, p. 3.

⁶ *Ibidem.*, p. 9.

⁷ *Ibidem.*

; es indudable que toda la poesía de hoy está influenciada por el egregio maestro y nunca la poesía castellana había contado con mayor número de grandes poetas”⁸.

En la nota que introduce la revista que comentamos, Francisco Contreras incluye esta opinión, atribuida a Valle Inclán: “Darío *ve* lo que no verían mil hombres comunes: la relación misteriosa de las cosas...”⁹

De 1914 nos vienen las palabras de Azorín, que en su libro *Leyendo a los poetas* consigna lo siguiente: “Tres poetas ha habido en España modernamente: dos de lengua catalana, uno de lengua castellana. Los catalanes son Verdaguer y Maragall; el castellano, Rubén Darío (...); a él se debe una de las más grandes y fecundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria (...). Y más adelante, se refiere a las facetas poéticas que él entrevé en la obra dariana: “Tres son los poetas que vemos en Rubén. Uno es el primitivo, el que podríamos llamar versallesco, el de Colombina y de Pierrot, el de los refinamientos sutiles y triviales. Otro es el de los poemas y cantatas heroicas: Roosevelt, Colón, Don Quijote, la América precolombina, etc. El tercero es el poeta de la tristeza íntima -íntima e inconsciente-, de las confidencias, de las tribulaciones, del rodar perdurablemente por el mundo. De todos estos poetas -concluye Azorín- el que preferimos es el último. Rubén Darío ha llegado en las poesías de esta última manera a un grado supremo de trascendencia y de sensibilidad...”¹⁰.

Dos años más tarde, muerto ya Rubén, don Miguel de Unamuno desandaba caminos de incompreensión y era ‘justo y bueno’, como se lo había pedido Darío, y admitía su error: Rubén lo había tocado y le había abierto horizontes, como sagaz y precozmente lo advirtiera el autor de *Horizon carré*. “Nadie como él nos tocó en ciertas fibras -reconoce el hidalgo don Miguel-; nadie como él utilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído”¹¹.

⁸ *Ibidem.*, p. 8.

⁹ Francisco Contreras, “Rubén Darío”, *Musa Joven* 5, p. 2.

¹⁰ Azorín, “Rubén Darío” en *Leyendo a los poetas*. Tomo la cita de Luis S. Granjel, “Rubén Darío ‘Fin de siglo’”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 212-213 (agosto-setiembre de 1967), p. 275.

¹¹ Miguel de Unamuno, “Hay que ser justo y bueno, Rubén!”. Tomo la cita de Luis S. Granjel, *Art. cit.*, p. 276.

Uno de los poetas más exigentes, consigo mismo y con el medio poético hispánico es, sin duda, César Vallejo. Ya en París, el peruano escribe una serie de artículos bastante negativos, lamentándose de la falta de una poesía hispánica verdaderamente original. Estamos lejos -a quince años- del optimismo del joven Huidobro (véase supra). En medio del páramo que otea Vallejo, del que no se salva ni Gabriela Mistral, emerge -no obstante la estrictez del juicio- la figura vigente e inobjetable de Rubén Darío. En efecto, en “Estado de la literatura hispanoamericana” (1926), Vallejo afirma tajantemente: “La juventud literaria de España y América carece en estos momentos de maestro...” Y continúa: “De la generación que nos precede no tenemos (...) nada que esperar. Ella es un fracaso para nosotros y para todos los tiempos. Si nuestra generación logra abrirse un camino su obra aplastará a la anterior. Entonces -profetiza el autor de *Trilce*-, la historia de la literatura española saltará sobre los últimos treinta años, como sobre un abismo. Rubén Darío elevará su gran voz inmortal sobre la orilla opuesta...”¹².

En relación con la poca relevancia de la poesía hispanoamericana en las esferas literarias europeas, Vallejo reitera en 1927 sus lapidarios juicios, que nos evocan los que en su día emitiera el propio Darío en sus “Palabras Preliminares” de *Prosas profanas* y apenas morigerara en el “Prólogo” a *Cantos de vida y esperanza*¹³. Y otra vez, la figura del nicaragüense es la excepción. Escribe Vallejo: “Cuanto de intelectual se ha producido en América con posterioridad a la colonización española, inclusive la poesía de Gabriela Mistral, no ofrece más que un mediocre interés para Europa. Toda la producción hispanoamericana -salvo Darío, el cósmico-, se diferencia poco o nada de la producción exclusivamente española”¹⁴. Por último, hablando del americanismo literario, Vallejo tiene ocasión para defender una vez más la poesía de Rubén Darío: “Rodó dijo de

¹² César Vallejo, “Estado de la literatura hispanoamericana” (julio de 1926), *Literatura y Arte*. Textos escogidos, Buenos Aires, Ediciones del mediodía, 1963, pp. 7 y 9.

¹³ Darío sostiene “la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente...” (*Prosas profanas, Poesías completas* (Edición, Introd. y notas de A. Méndez Plancarte), 9a. ed., 1961, p. 611); y también, su “antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética” (*Cantos de vida y esperanza, Poesías completas*), ed. cit., p. 703.

¹⁴ César Vallejo, “Una gran reunión latinoamericana” (marzo de 1917), *Literatura y arte...*, ed. cit., p. 30.

Rubén Darío que no era el poeta de América, sin duda porque Darío no prefirió como Chocano y otros, el tema, los materiales artísticos y el propósito deliberadamente americano en su poesía. Rodó -argumenta Vallejo- olvidaba que para ser poeta de América (y ¡caramba si no lo sabía Vallejo!), le bastaba a Darío la sensibilidad americana, cuya autenticidad, a través del cosmopolitismo y la universalidad de su obra, es evidente y nadie puede poner en duda”¹⁵.

Podremos considerar excesivo el juicio tajante y negativo de Vallejo acerca de las carencias o la insignificancia de la poesía hispanoamericana de entonces, pero tendremos que convenir con él que es, precisamente en el cosmopolitismo y universalismo donde se da lo más auténticamente americano de Darío. De aquí parte toda una línea de lectura de la poesía dariana y del modernismo en general que llega hasta los estudios contemporáneos (v. gr. los de Pedro Salinas, Octavio Paz, Saúl Yurkievich, Angel Rama, entre otros ¹⁶).

En la historia estimativa de la poesía dariana hay, como suele suceder con la valoración de los grandes creadores (recuérdese, a modo de ejemplos, los casos de Góngora o de Antonio Machado, para la poesía española; el de Sor Juana o el del mismo Vallejo, en la poesía hispanoamericana), momentos de aplausos y momentos de olvido. Son las intermitencias del gusto, las inevitables mudanzas de la moda, la búsqueda de originalidad por parte de las sucesivas generaciones. Las vanguardias, en general, se olvidaron de Darío; lo negaron, lo combatieron, en Hispanoamérica y en España. Se burlaron de Rubén en su propia tierra (recuérdese los casos de Manolo Cuadra, José Coronel Urtecho, entre muchos otros ¹⁷). Hasta que, como suele suceder también, surgen las voces de reconocimiento. En nuestro caso, las voces unidas de los grandes poetas -uno de España, otro de Hispanoamérica- que, recuperando la sombra del olvido, le rinden un insólito y poético homenaje, digno del genio dariano. Efectivamente, en 1934, Federico García Lorca y Pablo Neruda, tomados de la misma capa

¹⁵ César Vallejo, “Los escolios de siempre” (octubre, 1927), *Literatura y arte...*, ed. cit., p. 47.

¹⁶ Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío*. Ensayos sobre el tema y los temas del poeta, Buenos Aires, Losada, 1948; Octavio Paz, “El caracol y la sirena”, *Cuadrivio*, México D.F., Joaquín Mortiz, 1965; Saúl Yurkievich, *Celebración del modernismo*, Barcelona, Tusquets, 1976; Angel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Monte Avila, 1970.

¹⁷ Cf. Ernesto Mejía Sánchez, Ob.cit. y Pablo Antonio Cuadra, “El pensamiento vivo de Rubén Darío” en Ernesto Mejía Sánchez (comp.), estudios sobre Rubén Darío, México, F.C.E./Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968.

lingüística rinden al gran toro de Nicaragua su homenaje al alimón. Y entonces, la palabra inspirada, chispeante del granadino resuena en Buenos Aires, la 'cosmópolis' dariana: "Dio el rumor de la selva con un adjetivo, y como Fray Luis de Granada, jefe del idioma, hizo signos estelares con el limón, y la pata de ciervo, y los moluscos llenos de terror e infinito, nos puso el mar con fragatas y sombras en las niñas de nuestros ojos y construyó un enorme paseo de Gin sobre la tarde más gris que ha tenido el cielo, y saludó de tú a tú al ábrego oscuro, todo pecho, como un poeta romántico, y puso la mano sobre el capitel con una duda irónica y triste, de todas las épocas... Como poeta español -prosigue Lorca- enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma... Desde Rodrigo Caro a los Argensolas a don Juan Arguijo, no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y formas como en Rubén Darío... Fuera de normas, formas y escuelas, queda en pie la fecunda substancia de su gran poesía"¹⁸.

Pablo Neruda, por su parte, hurgará en lo esencial, en lo entrañable: "Merece su nombre rojo recordarlo en sus direcciones esenciales con sus terribles dolores del corazón, su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre imprescindible". El poeta residenciario sintetiza: "Poética magnífica atravesada por sueños y sonidos", ésa es la poesía de Rubén: "...esa gran sombra que cantó más altamente que nosotros..."¹⁹. Neruda -como Antonio Machado, como tantos otros- recordará continuamente la maestría tutelar de Rubén Darío²⁰.

Unos años antes del "Discurso al alimón", en uno de sus "Recados", Gabriela Mistral coincidía con Vallejo en la significación americana de la obra

¹⁸ Véase, Pablo Neruda, *Obras completas*, 4a. ed. aum., Buenos Aires, Losada, 1973; t. III, pp. 630-631.

¹⁹ Pablo Neruda, *Obras completas*, ed. cit.; t. III, pp. 630-631.

²⁰ Cf. Pablo Neruda, "Discurso en la Universidad de Chile en su 50 aniversario" (12 de julio de 1954), *Obras completas*, ed. cit., t. III, p. 680; también, "Latorre, Prado y mi propia sombra" (30 de marzo de 1962), *Obras completas*, ed. cit., t. III, pp. 696-697.

de Darío y reconocía en el nicaragüense al “hombre que nos volteó, para bien, la lengua, y nos metió, no sólo en la lengua, sino en los nervios de la raza, finezas que desconocíamos”²¹.

Juan Ramón Jiménez se refirió muchas veces a Rubén, reconociendo su deuda y la de la poesía castellana: “Rubén Darío supone una renovación equivalente -dice- a la de Góngora y Garcilaso”²².

En relación al movimiento modernista, lo señala como “el representante máximo, el más dotado, el más importante de todos ellos”²³.

Pero tal vez lo más intuitivo y hondo está en esta sentida evocación del maestro: “El capricho de la onda incesante de las figuraciones trae a mi imaginación un Rubén Darío marino (...). ¡Cuánto he pensado que Rubén Darío era, no un lobo de mar, un raro monstruo marino, bárbaro y exquisito a la vez! Siempre fue para mí mucho más ente de mar que de tierra (...) Y sin duda su instrumento sonoro favorito era el caracol. Su poesía ¿no es una cantata de caracol y lira”²⁴. Estas figuraciones juanramonianas contagian su poder evocativo al ensayo que Octavio Paz dedicará a Darío (ver infra) y que titulará “El caracol y la sirena”.

En 1953, el poeta y ensayista nicaragüense Pablo Antonio Cuadra escribe un ensayo titulado “Introducción al pensamiento vivo de Rubén Darío”, que incluye en su libro *Torres de Dios* (que, a su vez, como se sabe, evoca un título rubeniano: “Torres de Dios, poetas...”). Es éste, sin duda, uno de los trabajos críticos más lúcidos sobre Rubén Darío. Pablo Antonio Cuadra, en tanto poeta, se cuenta entre los que intentaron alejarse de las influencias modernistas y un poco declarar la guerra al rubendarismo y al propio Rubén, criticando sus incoherencias, su falta de americanismo y nicaragüismo, delatando las contradicciones de su pensamiento y de su poesía. “Exigíamos al poeta -escribe

²¹ Gabriela Mistral, “Gente nuestra: Francisco Contreras”, *Recados contando a Chile* (Selec., prólogo y notas de A. Ma. Escudero), Santiago, Ed. del Pacífico, 1957, p. 38 (el texto fue publicado originalmente en *El Mercurio*, 11 de setiembre de 1927).

²² Juan Ramón Jiménez, *El modernismo. Notas de un curso* (1953) México D.F., Aguilar, 1962, p. 109.

²³ *Ibidem.*, p. 197.

²⁴ Cit. por Ginés de Albareda, “Rubén Darío y España”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 212-213, p. 595.

Cuadra- no sólo que fuera nativo, sino nativista. Y cuando se nos escapaba a Francia, cargábamos sobre sus hombros el pecado de fuga y desertión...” Lo que no comprendíamos entonces -confiesa- era que Rubén Darío “había encarnado también la contradicción de América, había sido tan exacto en expresar nuestra heterogeneidad, que le creíamos un farsante”²⁵. Como Unamuno en su tiempo, Pablo Antonio Cuadra también procede a enmendar su propia plana, reconociendo, a la par, lo universal y lo americano como componentes inseparables de la poesía y del ‘pensamiento vivo’ de Darío. “Rubén era modernista -escribeporque ése era el modo o la moda en su tiempo, de ser moderno. Pero luego nos encontramos con él en otros tiempos. Antiguo, sin antigüedad, en nuestros siglos clásicos. Sensible y sensitivo entre los románticos. Musical y fugaz a la sombra del decadentismo. Anunciador y profético -‘escritor de avanzada’- entre nosotros. Eterno”²⁶. Finalmente, Cuadra reconoce en Darío la presencia de la unidad problemática de lo hispanoamericano, la tensión conflictiva del ser cultural nuestro, arraigado y enajenado a la vez, escindido, marginal y descentrado: “... en su constante movimiento germinal de mestizaje y de fusión (...), Rubén recorre (...) todos los caminos de la genealogía hispanoamericana, para expresar como un clásico la vida de su raza, el bullente mundo de su cultura, agónica entonces y todavía entre las dos tentaciones de nuestra alma mestiza: la aventura y el orden (...). Su unidad (pues) era América, Hispanoamérica (...)” pero la unidad de Hispanoamérica es “un haz de antítesis (...) una unidiversidad contradictoria y agónica, porque América todavía alejada de su síntesis, avanza por un período constituyente”²⁷.

En 1967 con ocasión del centenario del nacimiento del poeta, hubo muchos homenajes y algunos antihomenajes. Quiero traer aquí la palabra de dos poetas, voces de dos generaciones: el uno, un antiguo creacionista peninsular, Gerardo Diego; el otro, un heredero de la gran tradición poética y antipoética chilena, que ha desarrollado, claro, su temple original y propio, Enrique Lihn.

²⁵ Pablo Antonio Cuadra, “El pensamiento vivo de Rubén Darío”, en Ernesto Mejía Sánchez (comp.), *Estudios sobre Rubén Darío*, México, F.C.E./ Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, pp. 553-554.

²⁶ *Ibidem.*, p. 555.

²⁷ *Ibidem.*, p. 556.

Gerardo Diego escribió un artículo titulado “Ritmo y espíritu en Rubén Darío”, del que entresaco los juicios que me parecen pertinentes: “No creo que haya habido poeta que haya cantado con tal insistencia, con tan firme esclavitud de destino, a la materia, como Darío²⁸. Pero se trata -afirma Diego- de una materia ‘transfigurada’. Juicios semejantes había desarrollado en 1948 Pedro Salinas en su muy importante libro sobre *La poesía de Rubén Darío* ²⁹.

Rubén -escribe Diego- es el poeta más excelso que haya amasado entre sus manos la materia del mundo. Y en sus manos (...) se comprueba celeste, al menos en potencia, todo lo que tocan, hasta el cieno y la podredumbre, ya para siempre, gracias al verso, con espíritu”³⁰. Un paso más en la idealización de la materia lleva a Gerardo Diego a admirar el ritmo dariano: “El verso de Darío -dice- tiene sobre todas sus excelencias (...) la virtud de la elasticidad. Lo recitamos y está vibrando, dilatándose, sílaba tras sílaba, respirando hondamente, siempre sonoro y fresco y delicioso, de timbre nuevo y vario, siempre empujando desde su núcleo en todos los sentidos... Otro tanto podríamos decir del color... Rubén Darío es mago de la orquesta verbal. El es Chopin y Debussy, pero también Wagner, y otra vez Debussy, no pianista sino orquestador (...), domina la instrumentación en el verdadero sentido de la palabra... Y ese gran orquestador en el verso es milagro único en toda la historia de nuestra poesía hispánica”³¹.

Por entonces, en La Habana, Enrique Lihn termina de escribir su poema-ensayo “Varadero de Rubén Darío”, que en muchos aspectos contrasta con la admiración sin medida ni reserva y con el idealismo romántico que desborda del discurso de Gerardo Diego. En efecto, el poema-ensayo de Lihn es un antihomenaje, intencionalmente irreverente, de tono zumbón, a veces agrio, siempre escéptico, desmitificador a ultranza. En sus *Conversaciones con Pedro Lastra*, Lihn recordará su poema con preocupación y un cierto dejo de arrepentimiento: “ ‘Varadero de Rubén Darío’ fue un acto de irreverencia puesto que se trata de un antihomenaje fundado en los viejos cargos de

²⁸ Gerardo Diego, “Ritmo y espíritu en Rubén Darío”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 212-213, p. 247.

²⁹ Cf. nota 16.

³⁰ Gerardo Diego, Art. cit., pp. 248-249.

³¹ *Ibidem.*, pp. 250, 252.

‘galicismo mental’, oportunismo político y arribismo social que siempre es posible hacerle al pobre Darío, y a tantos otros. Reproches a sus ligerezas intelectuales (como si yo fuera un filósofo) y una cierta celebración de su cursilería -“todos los poetas latinoamericanos somos algo cursis”, me decía en La Habana Fayad Jamis-.

Esa cursilería premiaba en mi poema a Rubén Darío con un parentesco con Carlos Gardel. Los juicios que se permite mi poema me parecen prescindibles (...). Me inquieta ahora haber escrito: “Rubén Darío fue un poeta de segundo orden”, no porque quizá no suscriba esa mera opinión, sino porque imagino la increíble empresa que pudo significar para un latinoamericano constituirse en su tiempo y ahora en el gran poeta del idioma español, desde lugares como Managua, Santiago de Chile e incluso Buenos Aires, en ambientes culturalmente enrarecidos y que como hoy deben haber estado infestados de ninguneadores. Admiro ahora la capacidad que tuvo Darío para situarse en el campo cultural de su época, previa su innegable y poderosa instalación en el lenguaje...”³². De este modo, Enrique Lihn ha saldado cabal e hidalgamente su deuda con Rubén Darío.

El homenaje de La Habana fue amplio y variado, honesto y polémico. No obstante, otra vez Rubén Darío pasó la prueba como un ‘muerto que goza de excelente salud’. Quizás las líneas dominantes en las reuniones habaneras fueron la insistencia en la relación del nicaragüense con José Martí y el rechazo del oropel retórico para hurgar hasta encontrar en el meollo de su entraña poética ‘la autenticidad’, la humanidad que trasunta la palabra liberada de la utilería modernista. Así, por ejemplo, el mexicano Jaime Torres Bodet concede que “han envejecido sus atavíos” pero no “la humanidad” que ellos cubrían³³. Y el uruguayo Mario Benedetti busca los resquicios del armazón retórico para descubrir por dónde se cuele el yo auténtico, aquel que “llora sin querer”. Cuando brota esa voz honda, afloran, en opinión de Benedetti, versos o imágenes que trasuntan nostalgia, melancolía, tristeza, miedo verdaderos como

³² Pedro Lastra, *Conversaciones con Enrique Lihn*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1980, p. 59. “Varadero de Rubén Darío” fue publicado en *Casa de las Américas* 42, pp. 21-28, y luego recogido en *Escrito en Cuba*, México, Era, 1969.

³³ Jaime Torres Bodet, “Homenaje a Rubén”, *Revista Casa de las Américas* 42, p. 19.

en: “el buey que vi en mi niñez echando vaho un día”, o “Silencioso, en un rincón” o “¿A qué horas vendrá el alba?” o “el espanto seguro de estar mañana muerto” y tantos otros. Es entonces -dice Benedetti- cuando ese ser desvalido, desamparado, indefenso, siente que se le caen todos los endecasílabos de su orgullo, todas las guirnaldas de su vanidad, todos los abanicos de sus marquesas, y queda por fin solo ante nosotros, solo y débil, solo y hombre”...

Entonces se le oye “expresar su desamparo con uno de los gritos más sobrecogedores que haya proferido poeta alguno: “Francisca Sánchez acompañame””³⁴.

También el cubano Eliseo Diego comenta y se estremece con el temblor de ese grito poético, “¡qué abismo de soledad y de la universal necesidad de compañía!”, exclama, al mismo tiempo que insiste -como Torres Bodet y tantos otros- en que “no es en su retórica fácil (...) donde está aún vivo Rubén Darío, sino en el idioma que nos sirve a todos y al que sirvió apasionadamente”³⁵. En buenas cuentas, cuando es un poeta el que juzga no puede sino dejarse subyugar por el poder evocativo de la palabra poética, por los horizontes de su dimensión imaginaria. El verdadero poeta, aún en función crítica, es el primero en reconocer la maestría idiomática y, juntamente, defender a ultranza los derechos de la fantasía. Es lo que hace Mario Benedetti en su poema “Abuelo Rubén”, del que citamos un fragmento:

Diríase que el tiempo es otro, que en este mundo en llaga
no caben tus marquesas ni tus cisnes unánimes,
que al cándido hombre de hambre no le importa
la dieta frugal de miel y rosas
que aconsejaste para los dromedarios.

Mas son pobres decires.
lo cierto, lo vital, lo milagroso,
es que echaste a volar un decisivo
cuento de hadas verbales y no obstante tangibles.

³⁴ Mario Benedetti, “Señor de los tristes”, *Revista Casa de las Américas* 42, pp. 79-80.

³⁵ Eliseo Diego, “Rubén Darío”, *Revista Casa de las Américas* 42, p. 81.

Seamos por una vez modestamente sabios
y sobre todo ecuanímes.

Junto con la justicia y el pan nuestro
defendamos tu derecho a soñar la palabra,
a expropiar diccionarios y mitos,
a invadir toda la belleza disponible...³⁶

Del mismo modo, Idea Vilariño, en su homenaje “A un poeta”:

Pobre Rubén creíste

en todas esas cosas
gloria sexo poesía
a veces en América
y después te moriste
y ahí estás muerto
muerto.

Pobre, pobre Rubén
te rodeaste de mitos
de cisnes de Parises y de Grecias
de cargos y de deudas
de amigos sinvergüenzas.
Te engañaron te hicieron
el cuento te robaron
te robaron Rubén
-mira que fuiste tonto
o bien no te pagaban
aunque a veces tú mismo
derrochaste tus pesos
con la embriaguez de un niño.
Y escribiste bobadas
por encargo por juego
y hasta por compromiso.

³⁶ Mario Benedetti, “Abuelo Rubén”, *Revista Casa de las Américas* 42, pp. 90-91.

Mira que fuiste tonto
casarte con Rosario
andar con presidentes
alternar con snobs
caer con cualquier pícaro.
No puedo respetarte
y ni siquiera ver
de dónde te brotaban
tus versos tus palabras
tu tremendo lirismo
tu canto tu increíble
belleza tu poesía.
No sé Rubén no sé
no sé pero brotaba
-ritmo canción tormenta
río apacible sangre
dulce oscura que mana.
No sé. Acaso del pobre
corazón arrancado
o del pobre cerebro
que después disputaron
a punta de revólver.
No sé no sé Rubén
no sé pero qué hermosa
a veces tu poesía
qué danzable qué lírica
a veces tu poesía
qué grande qué valiente
o qué honda qué humana
a veces tu poesía.
Vaya a saber. Tal vez
tú mismo no supieras³⁷.

³⁷ Idea Vilariño, "A un poeta", *Revista Casa de las Américas* 42, pp. 95-96.

El ensayo de Octavio Paz -poeta y ensayista- es de 1964. Constituye uno de los intentos más serios y más lúcidos de comprensión del fenómeno poético dariano. Al mismo tiempo, reúne, por así decirlo, los diferentes juicios y enfoques hasta aquí revisados, proponiendo, claro, una interpretación a la vez comprensiva y original.

Por ahora, sólo recordaremos aquellas afirmaciones de Paz que destacan la importancia o trascendencia de la poesía de Rubén Darío.

Por ejemplo, asevera: "... su obra no termina con el modernismo: lo sobrepasa; va más allá del lenguaje de esta escuela. Es una creación, algo que pertenece más a la historia de la poesía que a la de los estilos. Darío no es únicamente, el más amplio y rico de los poetas modernistas, es uno de nuestros grandes poetas modernos. Es el origen"³⁸. "Toda su poesía y su actitud vital - destaca más adelante- revelan la tensión de su espíritu entre los dos extremos de la palabra: la música y el significado"³⁹.

Al examinar *Prosas profanas* pondera adecuadamente sus aspectos todavía vigentes y aquellos otros, tributo a 'la vida y tiempo que le tocó vivir': "*Prosas profanas* -escribe Paz-, prodigioso repertorio de ritmos, formas, colores y sensaciones (...) a veces recuerda una tienda de anticuario repleta de objetos *art nouveau* (y que hoy empiezan a gustarnos tanto). Al lado de estas chucherías, ¿Cómo no advertir el erotismo poderoso, la melancolía viril, el pasmo ante el latir del mundo y del propio corazón, la conciencia de la soledad humana frente a la soledad de las cosas?... Hay en *Prosas*... una gracia y una vitalidad que todavía nos arrebatan. Sigue siendo un libro joven". En relación a las riquezas rítmicas anota: "Con Rubén Darío el idioma se echó a andar. Su verso fue el prelude del verso contemporáneo, directo y hablado"⁴⁰.

En relación a la poesía de tema histórico-político, Paz anota: "La poesía de inspiración política e histórica de Darío ha envejecido tanto como la versallesca y decadente. Si ésta hace pensar en la tienda de curiosidades, aquélla recuerda los museos de historia nacional: glorias apolilladas". Y entonces reflexiona: "Tal vez quiso abarcar demasiado: el pasado precolombino, España, el presente

³⁸ Octavio Paz, "El caracol y la sirena", *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1965, p.30.

³⁹ *Ibidem*, p. 38.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 40.

abyecto, el futuro rabioso. Olvidó o no quiso ver la otra mitad: las oligarquías, la opresión, ese paisaje de huesos, cruces rotas y uniformes manchados que es la historia latinoamericana. Tuvo entusiasmo, le faltó indignación”⁴¹.

Considera -como Pedro Salinas y tantos otros comentadores de la poesía de Darío- el erotismo el núcleo temático dominante del mundo poético dariano; pero va más allá: lo erótico se constituye en factor estructurante de las tensiones rítmicas y semánticas del discurso: “Una gran ola sexual baña toda la obra de Rubén Darío. Ve el mundo como un ser dual, hecho de la continua oposición y copulación entre el principio masculino y el femenino”⁴².

Por último, Octavio Paz sintetiza el valor y el sentido de la poesía dariana entendiéndola como un universo de correspondencias fundado en el principio analógico: “La originalidad de nuestro poeta consiste -escribe el autor de *El arco y la lira*- en que, casi sin proponérselo, resucita una antigua manera de ver y sentir a la realidad. Al redescubrir la solidaridad entre el hombre y la naturaleza, fundamento de las primeras civilizaciones y religión primordial de los hombres, Darío abre a nuestra poesía un mundo de correspondencias y asociaciones”. Y añade: “La cadena de correspondencias es también temporal. La analogía es el tejido viviente de que están hechos espacio y tiempo: es infinita e inmortal. El carácter enigmático de la realidad consiste en que cada forma es doble y triple y cada ser es reminiscencia y prefiguración de otro”⁴³.

La profundidad del análisis de Octavio Paz constituye de por sí un argumento valedero para mostrar las riquezas de una poesía como la de Darío, tan maltratada a menudo, aparentemente tan superficial y, sin embargo, capaz de contener y transmitir una visión compleja y original del mundo como la que más.

Terminemos esta ya larga revista con un juicio que nos parece la mejor conclusión para una valoración adecuada y justa del fenómeno Darío. Son las palabras de Jorge Luis Borges con ocasión del centenario del nacimiento del poeta: “Cuando un poeta como Rubén Darío -escribe el autor del *Aleph*- ha pasado por la literatura, todo en ella cambia. No importa nuestro juicio personal, no importan aversiones o preferencias, casi no importa que lo hayamos leído. Una

⁴¹ *Ibidem*, pp. 54 y 55.

⁴² *Ibidem*, p. 55.

⁴³ *Ibidem*, pp. 58. y 59.

transformación misteriosa, inasible y sutil ha tenido lugar sin que lo sepamos. El lenguaje es otro (...). Variar la entonación de un idioma, afinar su música, es quizá la obra capital del poeta. Y concluye: “Todo lo renovó Darío: la materia, el vocabulario, la métrica, la magia peculiar de ciertas palabras, la sensibilidad del poeta y de sus lectores. Su labor no ha cesado y no cesará; quienes alguna vez lo combatimos, comprendemos hoy que lo continuamos. Lo podemos llamar el libertador”⁴⁴.

⁴⁴ Jorge Luis Borges, “Mensaje en honor de Rubén Darío”, *El Despertar Americano*, vol. I, núm. 2 (México, mayo de 1967), p. 9. Recogido en Ernesto Mejía Sánchez (comp.), estudios sobre Rubén Darío, ed. cit. p.13.